

11. Nuevas desventuras

Repasando el capítulo anterior observo que olvidé dos cortos episodios que no dejan de tener su interés, dentro de la tónica de todo este repaso.

En diciembre del 76, en las vacaciones navideñas, no fui a Mallorca, como tenía por costumbre, sino a París, a visitar al hermano de mi madre, que ya cité en el primer capítulo, y de paso a la sede que tenía el POUM en París. A mi tío, que como ya relaté, había salido diputado en las elecciones que ganó el Frente Popular, estuvo varios años preso y finalmente consiguió marcharse a Francia, no lo conocía políticamente porque yo tenía 8 años cuando le conocí y de manera fugaz, porque enseguida se marchó.

Estaría ya rondando los 70 años, vivía en un barrio alejado de París, en una casa que construyó con ayuda de su hermano, al que también cité porque tenía en su haber una caminata desde Córdoba hasta la frontera francesa a pie, antes de terminar la guerra.

El hecho de ser mi tío me llevo inconscientemente a no tantear el terreno, como acostumbro en los primeros encuentros con alguien. Y le expuse de cara mis inquietudes respecto al rumbo que estaba tomando la URSS. Recuerdo que le dije que el tránsito del socialismo al comunismo (que era el declarado empeño de los dirigentes del Partido y el Estado) requería la participación activa de más y más trabajadores en la toma de decisiones, mientras que lo que se veía era un aparado esclerosado, alimentando con dogmas a la población, viviendo de las rentas de la Revolución. Yo creía entonces que sería posible una revolución política, sin enfrentamientos violentos, que arrancase del propio partido. Se quedó sorprendido y me pidió más detalles, que no tuve reparo en darle. La postura que tomó finalmente, me trajo a la memoria de inmediato a los viejos comunistas españoles que había conocido y tratado en el Centro Democrático de São Paulo. No tardé en comprobar, muy a mi pesar, que era otro más de los que viven de dogmas. Acabé de conocerlo mejor cuando a su muerte, en enero de 1979, su hermano publicó un libro suyo titulado “Eurocarrillismo y oportunismo”. Del principio al fin, una catilinaria

contra Carrillo, Dolores, Gallego y algunos más, recordando una y otra vez hasta la náusea, que la burguesía no entrega el poder de manera pacífica. Los capítulos finales los dedica a relatar su calvario por las cárceles franquistas y el comportamiento de los miembros del partido que actuaban en la clandestinidad. Un rosario de traiciones e intrigas, de las que acabó siendo acusado por Carrillo y sus incondicionales de colaborar con la policía, y de haber sido liberado para que sirviese de espía. En su defensa, llegó a enviar cartas, no solo a Carrillo y a Dolores, sino incluso a la Mesa de Diputados de Madrid. Están reproducidas en las últimas páginas del libro. Es evidente la contradicción entre este envío de cartas y el furibundo ataque que repite a lo largo del libro contra las instituciones políticas burguesas.

No me fue mucho mejor con los del POUM. Naturalmente, no me abrí tanto como con mi tío, pero después de tener una larga conversación con ellos (estaba uno de los dirigentes del partido, del que no recuerdo su nombre) me soltaron, sin venir a cuento y de una manera casi terminante el consejo de leer a Marta Harnecker. O sea, lo que

para mí había sido un cambio de impresiones había sido para ellos un examen de un discípulo y habían tomado la decisión de enviarme a leer el Catón. Se ve que habían llegado a la conclusión de que yo no tenía suficiente formación “marxista”.

Esto, sumando a las experiencias sufridas con los del PCE en Brasil y con los otros grupos comunistas españoles en Alemania, me fue convenciendo de algo que barruntaba hacía algún tiempo: Poco a poco, a medida que he ido conociendo a los dirigentes comunistas que fueron al exilio he ido constatando un rasgo común a todos ellos, que no depende de las distintas posiciones que mantenían. Ese rasgo es su concepción del comunismo ante todo como una *doctrina*, (consecuencia quizás de la tremenda influencia del catolicismo en la formación del pueblo español) a lo que hay que añadir una tara de nacimiento del PCE, una especie de complejo de inferioridad ante una clase obrera cuyos elementos más combativos tenían sus ojos puestos en el anarquismo, una circunstancia que indujo a muchos comunistas a colocarse a la defensiva. Al reducirse la actividad a la tarea de adoctrinar (sin demérito de participar y organizar

la lucha directa, en manifestaciones, huelgas, etc.) se origina el desinterés por la investigación y por lo tanto, por la formación propia. Este, a mi parecer, es el mal que aquejaba a los que he tratado. Relatos autobiográficos con el mismo contenido y la misma estética del de mi tío se han prodigado a lo largo de esos años. Por citar los que conozco, "Basta", de Enrique Lister y más recientemente "Reflexiones de un comunista", de Miguel Galindo, son dos buenos ejemplos. El contrapunto, que, como los citados, pone en evidencia las carencias en la formación de aquellos cuadros, lo da Dolores Ibarruri en su "El único camino".

Volvemos al relato. Como dije en el capítulo anterior, en junio de 1977 hice las maletas y me volví a España. Como en Mallorca no iba a encontrar trabajo en mi profesión, me instalé provisionalmente en Castelldefels, en casa del amigo con el que había vivido en São Paulo, que ya se había casado con una brasileña y había vuelto a España. Me puse a buscar trabajo y tras algunos intentos fallidos, encontré un anuncio de la empresa Saunier Duval, muy conocida por sus calderas de calefacción, pero que también tiene

una división de maquinaria para mataderos. Acababa de trasladarse el Matadero de Barcelona de la plaza de España a la Zona franca, con nuevas instalaciones y Saunier Duval había instalado parte de ellas y consiguió un contrato para hacer el mantenimiento de las máquinas. En principio se interesó por mí debido a mis conocimientos de alemán, ya que lo que había montado procedía de Alemania y tenía la documentación de las máquinas y los esquemas eléctricos en alemán. Me entrevisté con el jefe de personal y me puso por delante que no quería hacer contratos laborales sino comerciales, por lo que yo tendría que darme de alta como autónomo. Sin ningún recato me dijo que los trabajadores en la actualidad no quieren trabajar y en cuanto consiguen un contrato fijo, se tumban a la bartola. Me llevó a la ventana (estábamos en una calle céntrica de Barcelona) y me dijo que había visto por allí a las "turbas" de obreros desfilando en son de protesta. Con ello, me quería convencer de que los obreros no eran ya lo que eran antes. No eran disciplinados. Creo que pensó que como yo estaba recién llegado de Alemania, me encontraría chocado ante ese panorama.

Le dije que lo pensaría y le daría una respuesta en un par de días. Al día siguiente me fui a una biblioteca a leer el BOE, para saber si era legal que una relación a todas luces laboral podía ser camuflada como comercial. Me quedé pasmado al ver la extensa relación de actividades que puede ser ejercida como autónomo. En este caso concreto darse de alta como autónomo sólo tenía inconvenientes y ninguna ventaja. Así es que volví al otro día y le dije que no me interesaba, que solo lo aceptaría entrando con un contrato laboral normal. No ofreció mucha resistencia y al final me hizo un contrato por dos años.

En el matadero tenía uno que hacía de jefe, dos encargados, uno para los electricistas y otro para los mecánicos y ocho trabajadores en total. Todos se conocían de años y su trabajo había consistido en desplazarse por todo el país montando líneas de matanza, cámaras frigoríficas y cadenas de transporte de los canales. Este tipo de trabajo es el menos propicio para despertar cualquier lazo de solidaridad, ni siquiera puntual y pasajera, entre los obreros. En las conversaciones entre ellos abundan las “batallitas”, girando casi siempre en torno a lo mucho que ganaron poniendo en los

partes más horas de las trabajadas, etc.

El matadero había sido construido a la última, pero algunas de las instalaciones (como la de tratamiento y desecación de la sangre) no se usaban porque al parecer no eran rentables. Todo indicaba que el objetivo principal en la construcción había sido el de ganar dinero con la compra de todo lo que se fabrica para mataderos, probablemente con las comisiones de los fabricantes, y una vez instalado todo, empezar a ver si se podía rentabilizar. Las reses las enviaban (y las seguirán enviando) los llamados abastecedores, intermediarios entre el carnicero y el ganadero. Pocos ganaderos llevaban reses a matar. Una vez encontré a uno perdido por los pasillos que me dijo que quería traer reses a matar y llevaba horas buscando alguien que le atendiese. Aquello era (y lo seguirá siendo, con seguridad) un coto cerrado de los abastecedores, que pululaban por allí revisando lo que hacían con sus reses. Si le quitaban “demasiado” sebo o si al veterinario se le ocurría descartar alguna por tuberculosis, ya aparecía el dueño armando gresca. Como corresponde a un matadero moderno, tenía una galería que corría en las

alturas a lo largo de la nave, con algunas mesas y sillas, para llevar a las visitas y para que los abastecedores vigilasen el recorrido de sus canales. Allí no subía nadie y todo estaba abandonado. Los abastecedores andaban por la nave entre los trabajadores y las máquinas como Pedro por su casa.

Pasado poco más de un año, en abril de 1980, nuestro jefe montó una empresa propia y le arrebató, no sé con que mañas, el contrato a Saunier Duval. Así es que nos juntó a todos y nos dijo que nos despidiésemos de la empresa, para pasar a la suya, después de unos días, en los que estaríamos en el paro. Parece que el matadero le exigió que mantuviese las mismas personas, para no alterar el ritmo con gente nueva desconocedora de las instalaciones. Por eso me hizo a mí también la propuesta, a pesar de que no le caía nada bien. Llegado el día me quedé en casa los dos o tres días del paro y volví al trabajo. Pero resulta que mis compañeros no lo habían hecho, sino que siguieron trabajando directo. Intentó echarme la bronca, pero le respondí que quién se haría responsable si en esos dos días

sufro un accidente de trabajo. Rechinando los dientes me dejó en paz.

Con su empresa nueva, empezó a coger trabajo de otros mataderos, para instalar alguna máquina o alguna cámara de frío. Pero como no tenía más personal que nosotros, lo que hacía era mandar un par de compañeros a trabajar a otro lugar, encargándose el encargado de los mecánicos de fichar por los ausentes. El matadero tenía su propia sección de mantenimiento, que llevaba todo lo que no fuesen las máquinas. Nuestro jefe tenía que darle cuenta cada día de los que estábamos presentes. Así es que si había mandado alguno a otro matadero, y alguien preguntaba por él, le decían que estaba arriba o estaba abajo, según donde se le hiciese la pregunta. Pero el caso es que esas faltas nos sobrecargaban de trabajo a los demás. Junté a los compañeros y les dije que estaban haciendo el canelo, porque en esas salidas el jefe estaba cobrando dos veces por el mismo tiempo. Lo mínimo que tenéis que hacer es, si no os atrevéis a decirle que no vais, al menos que os pague más esos días. Hay que considerar esto, no ya como una empresa normal, sino como una asociación de

malhechores. Aceptémoslo así y por lo menos pedirle una parte del botín. ¿Cómo reaccionaron? Sencillamente fueron a contarle lo que yo les había dicho. Con esto basta para entender cual es el tipo de relaciones que tenían con él desde hacía años. Algo así como las relaciones entre amo y vasallo.

El único más tratable era el encargado de los electricistas. Era catalán y hacía cuestión de conversar en su idioma. Yo ya entendía todo y no tenía problemas con el idioma. De alguna manera me consideraba una persona con experiencia a la que hay que corresponder. Conversando una vez con él sobre esto de una manera general, sin establecer ninguna relación con la situación nuestra, me dijo que yo no me podía imaginar como eran las relaciones laborales en Cataluña, sobre todo por el interior, en pequeñas empresas. Yo he visto, me dijo, a un empresario pegar un par de bofetadas a un trabajador.

Entretanto, yo había alquilado un piso en El Prat, cerca del matadero y me traje a mi madre a vivir conmigo una temporada. Aquí sucedió algo interesante que quiero relatar. La manzana entera

era de pisos de alquiler y los propietarios tenían una oficina por el centro de Barcelona. Se quedó vacío un piso de la primera planta y entró a vivir un hombre mayor, de unos 60 a 70 años, que había estado exilado en Francia. Era anarquista y a poco de entrar se empeñó en adecentar al menos nuestro bloque, organizando a los vecinos. Como no había nadie que cuidase del edificio, todo estaba manga por hombro. Desde la puerta de la calle que ya no cerraba y entraba quien quería, proporcionándonos escándalos y algún que otro preservativo en el portal al punto de la mañana, hasta un ascensor que ya había perdido la fuerza de los frenos y nos subía demasiado si llevaba poco peso o nos dejaba antes de llegar si llevaba mucho. La gente se buscaba sus mañas y recuerdo una vez que subía yo con un chiquillo de unos 10 años y el ascensor se pasó tanto hacía arriba que no se podía abrir la puerta del rellano. El chiquillo me dijo: "Esto se arregla así", y empezó a dar saltos dentro haciendo bajar poco al poco al ascensor, hasta que entró en la zona que libera la puerta de salida.

Este hombre nos convocó a una reunión y nos propuso adecentar el edificio, reparar lo que

estaba roto, y mantenerlo después en buenas condiciones, haciendo un turno para limpiar la escalera y si estábamos de acuerdo en ello, nombrar un presidente rotatorio, que recogiese las posibles quejas para tomar las necesarias medidas. Lo primero, ir a ver a los propietarios y proponerles que arreglaran todo, poniendo ellos los materiales y nosotros la mano de obra. Como había varios profesionales en la casa, un carpintero se encargaría de arreglar la puerta y poner una cerradura. Colectivamente pintaríamos la escalera y el portal, y la empresa se comprometería a arreglar el ascensor, cambiando lo que fuese necesario. La mayoría se mostró de acuerdo y fuimos unos pocos a visitar a los dueños a la oficina. Estos aceptaron y nos pusimos manos a la obra. Hay que decir que algunos, muy pocos, se negaron a colaborar y cuando andábamos trajinando pintando la escalera, estaban en un bar que había al lado del portal tomando cerveza. En dos meses éramos la envidia del vecindario.

Esto me permitió ver de refilón algunos aspectos del trabajo que hacían los anarquistas durante la República. Se trata de estimular a los demás para que tomen iniciativas en aquellos

aspectos de la vida social que les perjudican en vez de abandonarse en “representantes” que se supone que están ahí para hacer eso que no se hace. ¡Cuántas veces oímos decir que eso lo tiene que hacer el Ayuntamiento, o el sindicato o el empresario! En las fábricas donde he trabajado son muchas las veces que yo me he rebelado contra esa actitud y he defendido que no tenemos que esperar a que lo manden para hacer algo que consideramos que hay que hacer, demostrando también así que el jefe o encargado más que para organizar el trabajo, están ahí para disciplinar al trabajador. Si los trabajadores interiorizan la responsabilidad que tienen, la fábrica puede funcionar sin ellos. Lo curioso es que lo he restringido siempre al ámbito laboral, sin saber por qué. Este episodio me hizo ver que hay un horizonte más amplio que yo no había tomado en cuenta. Incluso me reproché a mí mismo por no haber iniciado esa tarea.

Volvemos al matadero. El jefe, para promocionar su empresa firmó un contrato con la empresa alemana Bans, que se dedica a la fabricación de maquinaria para mataderos, para representarla en España, vendiendo sus

máquinas. A mí me comentó lo rácanos que son los alemanes porque le hacen pagar los folletos y catálogos de máquinas que divulga en España. Ni que decir tiene que enseguida se puso a “fusilar” alguno de los modelos, mandando construirlos a algunos talleres pequeños del interior de Cataluña. Para tirar hacia delante no hacía ascos a nada. Recuerdo que le salió la tarea de montar un matadero en Libia, siendo al 4º en la sucesión de subcontratas. No me puedo ni imaginar lo que haría en Libia. Nunca más habló del asunto. Al parecer, según me dijo en cierta ocasión, hay una competencia feroz entre las empresas que se dedican a lo mismo que la suya.

Se celebró la Feria de Valencia y él instaló un stand bajo el nombre de la Bans y mandó a alguno de sus satélites a montarlo. Poco antes de inaugurarse me llamó para ir con él en coche a la feria para revisar la instalación eléctrica. Nada más llegar, fue bajar del coche y echarle una bronca a uno de mis compañeros porque se le había ocurrido darse de baja unos días. Estas fueron sus palabras, en tono agresivo: “Ya sabes que yo no quiero conmigo gente que se da de baja”. Este se limitó a callar y bajar la cabeza. Era

un gallego instalado en Barcelona desde hacía muchos años, tan forofo del Barça que se vanagloriaba de haber interrumpido un trabajo de montaje en las Canarias para volar a Barcelona a ver un partido y volver el lunes. Esto ya da una idea del personaje. Resulta que antes de venir a Valencia había estado trabajando en una cámara de congelación durante varias horas sin respetar la norma que hay que seguir en ese tipo de trabajo, que es la de trabajar durante una hora y salir durante otra, si mal no recuerdo. Había cogido un pasmo en el pecho que le impedía hablar. Estuvo de baja dos o tres días y volvió al médico a pedir el alta para estar en la Feria cuando llegase el jefe pidiendo que le diese algo fuerte para poder seguir trabajando. Esa noche dormimos en la misma habitación del hotel y yo pensé que se me moría allí mismo. Le entraban unos ataques de tos como no los he visto en mi vida. Así es que el jefe, sabedor de eso, se había lanzado de inmediato al ataque para impedir que el otro tomara la iniciativa, apelando a su corazoncito y le explicase lo mal que estaba.

Si cuento estos detalles es para revelar la catadura moral de este tipo de empresarios, muy

abundantes en España. En el camino le había comentado el penoso trabajo de dos que había contratado extra para modificar la línea de transporte en el interior de la cámara de congelación del matadero de Barcelona. Esta fue su respuesta: “No te preocupes, son carne de cañón”.

Entretanto yo me había afiliado a CC OO, aunque no pudiese hacer ninguna labor sindical en el matadero. Simplemente por hábito. En el matadero no había ni la mínima presencia sindical. Los matarifes, calculo que unos 40 en total, entre la línea de cerdos, la de corderos, y la de vacuno, siguieron la misma marcha que cuando estaban en la Plaza de España. Trabajaban a destajo, y cuando acababan la faena se marchaban a casa fuese la hora que fuese. Había días en los que había más animales en las cuadras, fundamentalmente jueves y sábados, y entonces la matanza se podía prolongar hasta la 1 o las dos. Los otros días antes de las doce habían acabado. Generalmente se iban a otros mataderos pequeños de la provincia, donde mataban por la tarde. Se sacaban pues un buen sueldo y se les veía satisfechos. El chollo se acabó cuando, el

matadero, acuciado por las pérdidas, que se producían esencialmente porque tenía un exceso de personal administrativo, rebajó los precios del destajo. Ahí comenzaron las protestas y las malas caras.

Poco le duró el chollo a mi jefe. A finales del 81 los números rojos aumentaban, por las razones antes expuestas y porque los abastecedores le declararon el boicot a la línea de cerdos dado que les salía más barato matar en otros mataderos, aunque los canales no salieran tan limpios como en este. Ellos lo veían demasiado sofisticado, con un caldero para recocerlos y a seguir una peladora que los dejaba impecables. Así es que la dirección decidió desprenderse de las empresas contratadas, una de ellas la nuestra, dejando las maquinas al cargo de su propio mantenimiento. Fue en noviembre del 81 cuando nos quedamos sin trabajo. Una ocasión excelente para librarse de mí, porque mantuvo el contrato con los demás, ya que tenía trabajos de reparaciones y montajes en otros mataderos. Me quiso convencer de que la rescisión del contrato por el matadero significaba la rescisión del mío. Pero no era cierto porque no había hecho un contrato por obra, que son los que

se extinguen cuando acaba la obra.

Me fui a CC OO y les expuse el caso. Me atendió un joven al que le puse al corriente del tipo de empresa en el que trabajaba. Había que aprovecharse del miedo que tenía a que alguien descubriese sus manejos, y se le podía sacar una indemnización mayor que la estipulada por la ley en estos casos (despido improcedente). Este tipo de empresarios quiere permanecer en lo oscuro y tienen pánico a los cualquier litigio. Incluso le molestaba mucho que cuando no tenía que hacer y estaba en la sala de matanza, conversaba mucho con el del Ministerio de Sanidad que se encargaba de controlar la cantidad y la edad aproximada de los canales a efectos de construir la estadística. Trabé buena amistad con él, que perdura hasta hoy.

Pero el joven que me atendió en el sindicato me dio mala espina porque me dijo de pasada que el sindicato no tenía mucho interés en los litigios personales, sino en los colectivos. Llegado el día de la conciliación, que tiene lugar en una sala donde los patrones se ponen en un lado y los obreros con su abogado en otro y el abogado va

llevando recados de unos a otros. Apareció una abogada del sindicato que no sabía nada de lo que yo le dije al joven. Apenas si llevaba un papel con mi nombre y el de la empresa. Para ella todo se resumía a un despido improcedente, que habría que tratar siguiendo las leyes. Cansado de oír tonterías, la dejé de lado y me fui a donde estaba mi ex jefe, a decirle que me diera lo que me corresponde porque con semejante defensa igual podía salir perdiendo.

Estuve parado y buscando trabajo durante más de un mes. Iba a todo lo que salía en la prensa que creía que podría encajar con mis conocimientos. La mayoría era para hacer montajes fuera, y en más de una sala de espera me tropezó con los clásicos montadores contándose entre sí sus historias para no dormir. Todos ofrecían contratos temporales (aún recuerdo de una empresa de proyectos que necesitaba dos electricistas y dos mecánicos durante un mes para revisar y poner en orden todo lo que una empresa subcontratada había “terminado” de instalar) y ninguno para trabajar en condiciones mismamente aceptables para

alguien como yo, que no tenía prisa ni apuros económicos.

Transcurrido un mes me llamaron del INEM para ofrecerme un empleo en la OPEL de Zaragoza. La fábrica estaba casi terminada y la empresa no encontraba en Zaragoza suficiente personal cualificado para cubrir los puestos de mantenimiento, por lo que envió demandas al INEM de Madrid, Barcelona y Bilbao. Lo primero fue una entrevista con un enviado de Zaragoza. Una vez más, fueron mis conocimientos de alemán lo que inclinaron la balanza a mi favor. Terminó la entrevista con el ofrecimiento de entrar como oficial de 2ª de electricista industrial. Le dije que yo era ya oficial de 1ª en 1963, antes de salir de España y no veía la razón para aceptar una rebaja de categoría a estas alturas, en 1982. Me respondió que era lo que marcaba la empresa y que como estaba en período de iniciación de la producción, había muchas probabilidades de ser ascendido en poco tiempo. Lo siguiente fue el examen médico y después a esperar la llamada.

Para firmar los contratos vino a Barcelona un empleado del Departamento de Personal. Nos juntó a todos los que habían aceptado (unos 15) y

nos dijo de cara que los contratos eran de oficial de 3ª. Hubo un movimiento general de protesta, porque a todos les habían prometido de 2ª pero el empleado de personal zanjó rápidamente la cuestión: “Esto es lo que hay, el que quiera que lo firme y el que no que haga lo que considere más conveniente”. Por lo menos 3 de ellos se levantaron y se fueron. Por su aspecto y su edad se podía deducir que eran profesionales. Mi impulso inicial fue hacer lo mismo, pero una corta reflexión me llevó a aceptar. Ya arreglaría las cuentas cuando entrase.

El 15 de febrero de 1982 me presenté en el hotel Romareda de Zaragoza, donde nos esperaba un autobús para llevarnos a la fábrica.

Allí trabajé durante 20 años, hasta octubre de 2002 cuando me jubilé al cumplir los 65 años. 20 años en los que hubo de todo, alegrías y sinsabores, victorias y derrotas. Y lecciones, porque parece que aunque se vivan cien años, aún se viven situaciones que llenan de asombro. Hay, sobre todo, muchas experiencias que merece la pena relatar, lo que haré a partir del siguiente capítulo.